

Quijote, demudado, lívido, dejando caer acompasadamente sus brazos al constante ritmo de los hierros de Rocinante. Vuelve maltrecho y vencido, pero su espíritu vuelve tenso, templado, como el acero pacientemente trabajado por una mano dúctil y firme. Viene vencido, pero, paradójicamente, vuelve invencible. Su ánimo es fuerte, es duro: es como el acero templado con conciencia de ello. Su espíritu, modelado firmemente, guarda infusas las huellas indelebles de un timón fuertemente sujeto desde su infancia; de un timón clavado férreamente, que hace a su nave marchar indiferente, por una misma y continuada ruta. La madre de Don Quijote fué el atrevido piloto de aquel bajel de ensueños.

«Era blanca y era bella
y se murió joven,
dejando en el día claro
su mirar tranquilo y noble.»

Ella era la dulce y firme guía de aquella soñadora alma desde su tierna infancia. Había grabado en su corazón, con un círculo de ardiente fuego, su propio espíritu. En el claro día de Alonso Quijano había estampado su propio mirar, su mirar tranquilo y noble, que es el sereno mirar del quijotesco gesto. Y, conforme a unas normas continuadas, que son las herméticas convicciones de su propia madre, marcha, sin hacer girar a su propio cerco por una ruta que se dirige, allá en el azul infinito, hacia ella. Y allí, en su propio hijo, está su dolor callado, flotando, como un blanco espíritu que sobre él extendiese sus manos. En Don Quijote la madre todo lo representa; significa todo un sistema de sedimentación, cuya cúpula corona la negra flor de su temprano óbito.

El mirar de Don Quijote, «tranquilo y noble», es el mirar noble y sereno de la madre.

Su rostro es el mismo que aquélla mostrase. Su alma es dulce y arrebatada, emprendedora y tierna; es el mismo alma que, en trozos, la madre fuese arrancando de sí misma, de su propio ser, para ir la legando a su hijo, íntegra, como la existencia que ella misma le diera. Es la misma alma que Don Quijote recogiera de sus brazos, en necesaria metempsicosis, para ir forjando su propio ser, mientras el de la madre se va fatalmente consumiendo, hasta el acerbo y necesario desenlace. Entonces recoge su herencia final, rasgándose su corazón y haciéndola penetrar en él. La madre de Don Quijote se sobrepone en su propia existencia sobre la ideal Dulcinea. Ella se halla en el fondo de su corazón, pues es su propia alma la que le da vida; ésta, Dulcinea, sólo se halla, aunque fuertemente impregnada en sus pensamientos, eso sí, en la sutil tela de su alma.

La madre de Don Quijote entregó su alma a éste, y no a Dios—con permiso de Dios, ciertamente—en muy temprana edad.

«¿Qué enfermedad la ha matado?
¿Qué cáncer la roe?»

Un amor hacia su hijo, sólo semejante al amor de María hacia Jesús. La consumió, como a la madre de Cristo, el amor; un amor que roe su propia alma, para ir la entregando a su hijo, con el sello de unas lágrimas...

«Se alzó el viento de los llanos,
el viento insomne.
La fina arena volaba
en el día claro y noble...»

Don Quijote, con su arrebatado blanco—herencia maternal—, sigue levantando, ennobleciendo, arena en la llanura.

La madre es quien guía...